

Dr. Prof. García Monge

# Reproducción

Número 128. — Tomo VIII.

15 de Agosto de 1925

H  
056  
R4257rep  
C.R.



Director:

Elias Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

56  
4257 rep  
902



Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

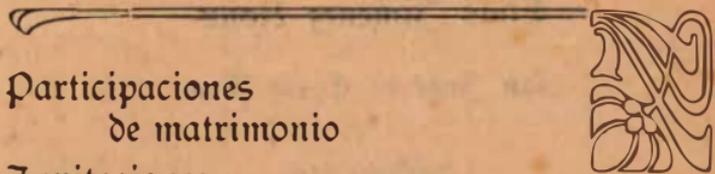
Librería

Encuadernación

Papejería



# Trejos Hnos.



Participaciones  
de matrimonio

Invitaciones

Fibros de caja

Memorandums

facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Fibros en blanco

Tarjetas

Menús, etc. etc.

Cumplimiento  
en la entrega  
de trabajos.

# REPRODUCCION

No. 128 \* 15 de Agosto de 1925 \* Tomo VIII

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No 230



## Abusos de poder

En la *sección* de la Constitución vigente de Costa Rica que tiene por título «De las garantías individuales», se enumeran los derechos que se reconocen a los individuos, hecha abstracción del elemento puramente político. Comprende, pues, no sólo los de los costarricenses sino también los de todas las personas que se hallen en el territorio de la República. Ocupa el último lugar entre las *garantías* indicadas una de las más importantes y trascendentales, la cual bien pudo ser colocada en el art.<sup>o</sup> 73, que señala las atribuciones exclusivas del Congreso, al final de la décimotercia, que dice: «Dar las leyes, reformarlas, interpretarlas y derogarlas». Es la siguiente:

«Artículo 50.—Las acciones privadas que no toquen con el orden o la moralidad pública, o que no producen daño o perjuicio de tercero, están fuera de la acción de la ley».

Eso quiere decir que ni siquiera se debe legislar con respecto a las acciones a que se contrae el art.<sup>o</sup> 50, cuanto menos hacerlo para ponerles trabas o prohibirlas.

La disposición dicha fué destinada a servir de dique para atajar al Congreso, que tiende con la voluntariedad propia de los cuerpos numerosos, a extralimitarse considerándose soberano, omnisciente y omnipotente. Tanto, que la demagogía se empeña en adueñarse del Poder Legislativo, a fin de dar a sus caprichos la forma de leyes y poder así tiranizar de modo ruin y odioso, cubriéndose con la máscara de la legalidad.

Mas la Constitución no puede defenderse por sí sola, y son precisamente los llamados a observarla, puesto que les impone obligaciones como la expresada, los únicos que tienen interés en burlar los preceptos de ella.

Hay que reconocer, sin embargo,

que otras veces es violada la Constitución sin darse cuenta de ello o sin intención de hacerlo, a lo que conduce el adoptar irreflexivamente leyes extranjeras.

La verdad es que no requiriéndose para ser Diputado, en cuanto a conocimientos, más que saber leer y escribir, no es raro que se presente el caso de diputados que ni aun hayan leído nuestra Carta. Y es claro que no basta leerla para saberla.

Además, la Constitución no puede menos de chocar en lo fundamental con lo que en la realidad proviene del pasado, de siglos de tiranía. Y a las preocupaciones, ideas arraigadas y costumbres inveteradas de los nativos, se agregan las de los extranjeros venidos a incorporarse en nuestra sociedad, a veces a dirigir los negocios públicos, siendo talvez contrarios a las instituciones adoptadas por el país.

Puede afirmarse sin incurrir en exageración, que la Constitución Política entraña un progreso no encarnado todavía ni aun en la parte culta de la nación costarricense.

Cosas a que ésta se haya acostum-

brado, pueden parecerle naturales o irremediables, por mucho que sean contrarias a la Constitución.

Por eso, frente al arrinconado u olvidado art. 50, subsiste el viejo sistema de monopolios de negocios a favor del Fisco, con su séquito de males. Y no es aventurado decir que si se le ocurriera a uno de nuestros gobiernos monopolizar la fabricación del pan que se consume en el país, y llevara a cabo el negocio, refunfuñarían los perjudicados, otros tratarían de emprender la fabricación clandestina corriendo el riesgo de verse perseguidos y castigados como criminales, bastantes se alegrarían con la esperanza de sacar provecho del monopolio al servicio del gobierno, y los demás nos encogeríamos de hombros cual si nos fuera indiferente el asunto.

¿Pues no se acaba de decretar el monopolio del negocio de seguros de toda clase, y hasta no han dejado de oírse elogios por el atentado a la libertad consagrada en el artículo 50?

¡Qué mundo de horrores representan sin embargo los viejos monopolios! Gastos ingentes para la Nación, perse-

cuciones crueles, infamias sin nombre, iniquidades tremendas, corrupción, padecimientos, dolores y aun muertes, todo eso contendrá la historia de los monopolios del tabaco y del alcohol cuando algún día se escriba para asombro de las futuras generaciones.

Era yo muchacho cuando mi bondadoso maestro Lic. don Angel Anselmo Castro, quien desempeñaba el cargo de Juez de Hacienda Nacional, me llevó a trabajar como escribiente en su despacho. Allí empecé a conocer ese mundo. No puedo olvidar la impresión que me causó la llegada al Juzgado de una pobre mujer anciana, pálida, andrajosa, traída con mal tiempo desde Jesús María o El Desmonte en medio de una gran escolta de guardas con traza de bandoleros, por el delito de *depósito de aguardiente clandestino*, consistente en un poco de aguardiente con alcanfor que tenía en una botella para darse frotaciones y que le quitaron levantando la cobija con que ella se cubría, por estar enferma y acostada en su cama. ¡Luégo he visto, oído y sospechado tánto!

Antes constituía delito hasta tener

unas matas de tabaco de mala calidad, aquí donde nacen sin que intervenga la mano del hombre.

Es evidente que las acciones prohibidas y penadas en virtud de las leyes que establecen monopolios, «no tocan con el orden o la moralidad pública, o no producen daño o perjuicio de tercero», a juicio de los gobiernos que los han mantenido y aun afianzado estando en vigor la garantía constitucional referida, puesto que en nombre del Estado, los representantes de éste las ejecutan o hacen ejecutar con miras de lucro solamente.

También son contrarias al art. 50 las leyes que prohíben o estorban el ejercicio de profesiones u oficios, por razones de aptitud, no de moralidad.

Dentro del régimen fundado por la Constitución, lo más que cabe es la pena de suspensión o de inhabilitación para el que en el ejercicio de una profesión u oficio honesto, ocasiona daño a otro por dolo, imprudencia o negligencia.

Como no se trata ahora sino de la cuestión de inconstitucionalidad de las leyes que violan la garantía consig-

nada en el art. 50, y para no alargar estas observaciones, prescindo de examinar otros aspectos del asunto.

No ignoro que las tendencias actuales son por completo hostiles a la libertad que se quiso garantizar con el art. 50; pero en vano se trataría de desvirtuar o desvanecer el precepto claro y terminante que éste contiene, por medio de sofismas y argucias: mientras no sea derogado, él será una protesta viva contra los actos que frustran el puro y noble intento con que fué emitido.

ALFONSO JIMÉNEZ

San José de C. R., 1.º de julio de 1925.

---

---

## El peor aniversario de la vida de un hombre

por EDWARD W. BOK

Conversando un día con el coronel Roosevelt, hice mención de que se acercaba mi quincuagésimo aniversario.

—El peor de su vida—dijo.

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque no puede usted evitar el hecho de que cincuenta años hacen medio siglo, y porque no es probable que viva usted otro tanto de lo que ha vivido. En otros términos: tiene usted que darse cuenta de que ha transcurrido la mayor parte de su existencia.

—Pero, ¿no teme usted el fin de la vida?

—No, por cierto —me contestó vivamente,— ni pizca. He gozado mucho, aunque trabajando mucho. ¡El mundo es tan interesante!

Al cumplir los cincuenta años, encontré que era cierto lo que me había dicho el coronel Roosevelt. Sentí exactamente lo que él me pronosticara y lo que me imagino que siente todo el que llega a esta edad.

Es curioso observar al hombre cuando el calendario le advierte un día que la primera cifra de su edad ha cambiado de cuatro a cinco. Hay un algo psicológico que no le agrada en la enunciación del medio siglo. Sea ello

el convencimiento de que la etapa recorrida es mayor que la que queda delante, como decía el coronel Roosevelt, o que la vanidad se siente herida por el hecho de no poder ya contarse entre el elemento joven, lo cierto es que el quincuagésimo aniversario es muy desagradable. Inevitablemente comienza uno a tomar inventario de sí mismo, y hasta donde se lo permite una vaga sensación de lumbago, un ligero murmullo del corazón y la necesidad de ensanchar el cinturón, trata de persuadirse de que se siente tan bien como cuando tenía treinta años. Y luégo va y lo proclama así a todos sus amigos.

—¡De mejor salud que nunca! Duermo admirablemente. ¿Comer? Como más de lo que en mi vida he comido.

—Y todas las acostumbradas proezas de que se hace alarde a los cincuenta.

Y el amigo que escucha estas ponderaciones se pregunta:

—¿De cuándo acá da Ned tanta importancia a estas cosas? Jamás se le ha ocurrido antes hacer una declaración de salud a todo el que encuentra.

Probablemente el amigo empieza a

sospechar que Ned ha llegado y aun pasado del quincuagésimo poste. Oye cortesmente sus protestas, pero se aleja sonriendo con socarronería.

Mientras tanto Ned está preocupado con otros menudos problemas que se presentan en esta época. Ve que los jóvenes de treinta con los que se compara, vienen detrás de él, y peor que esto aún, los jóvenes de cuarenta casi le pisan los talones. No le gusta el paso que traen unos y otros. Particularmente los cuarentones le parece que le estorban no poco. Mira hacia adelante y contempla a los viejos de sesenta en el tranquilo goce de la edad de la sabiduría, y este cuadro tampoco le seduce. Se siente como aprisionado entre dos muros. Créese en posesión de toda la elasticidad y firmeza de su andar... ¡pero no está tan seguro de ello como lo desearía!

Debe hacer ejercicio, decide. Jugará *golf*, y cuando el tiempo no se lo permita, tomará las «doce lecciones diarias con música». Ha oído también que es muy conveniente para prevenir el exceso de circunferencia inclinarse hasta tocar con los dedos el extremo

de los pies. Luégo, debe prestar más atención a su indumentaria. Sus camisas quizá podrían ser de color y dibujo más alegre. Ha notado en las corbatas de última moda toques de un matiz rojo muy bonito. El corte de sus vestidos podría ser de estilo más elegante. Por supuesto, hay que consultar al médico acerca de esas ligeras punzadas, la estúpida rigidez que a veces experimenta sin causa y cierta pequeña tendencia a encorvarse que no tiene razón de ser.—Todo eso es nada entre dos platos, claro,—se arguye a sí mismo;—un hombre no puede mantenerse siempre en estado perfecto, pero veremos qué dice el médico.—Se hará también examinar la dentadura, y ahora que lo recuerda, hace tres o cuatro años que no ha hecho rectificar sus anteojos.

Para sus adentros, y sólo para sus adentros, el hombre de medio siglo al leer lo que acabo de escribir, piensa:—Este camarada sabe lo que dice.

Y lo sé en efecto. He pasado por ello y, me permito añadir, conozco la tontería que implica todo ello.

Lo que se necesita al cumplir cincuenta años es alguna mayor dosis de sentido común, la aceptación del hecho y, sin buscar excusas vanas ni hacerse ilusiones, adaptarse juiciosamente al caso. ¿Por qué pretender las apariencias de un mozo de treinta años, si ya no se poseen las ventajas inherentes a esta edad? ¿Por qué inventar pretextos y crear coartadas, procurando alucinarsse con interpretaciones falsas que en realidad no engañan a nadie, ni aun a nosotros mismos? ¿Por qué avergonzarse de contar cincuenta años? ¿Qué hay en esto de temible? La duración de la vida está alargándose más cada día, y en su mayor parte depende de nosotros y está en nuestras manos vivir o gozar de la vida más o menos tiempo. No conduce a nada proclamarnos ante nuestros amigos por lo que ya no somos. Nunca lo hicimos antes de los cincuenta. ¿A qué llamar la atención sobre el hecho asegurando que nos sentimos tan afilados como una navaja y tan brillantes como un centavo nuevo? Todos conocen un centavo de medio siglo, aunque sean bastante corteses para no

decirlo. Lo más importante que nos queda que hacer es tener cuidado razonable de nuestra salud, confesándonos primero y convenciéndonos después de que ya no puede hacerse a los cincuenta lo que se hacía a los cuarenta, ni permitirse los mismos alimentos, ni en la misma cantidad.

—Mas, ¿cómo es posible evitar las enfermedades prevalecientes?—se preguntará. Eso es posible hasta cierto punto, pero la verdad principal que hemos de fijar en nuestra mente es que no son los males que cogemos de fuera los que dan con nosotros en tierra, sino los que nosotros mismos nos procuramos. Nadie puede «coger» una degeneración grasosa ni una lesión del corazón. No es culpa de nadie si el esfuerzo excesivo que imponemos a este órgano causa su dilatación. Las arterias no se endurecen por influencias ajenas; somos nosotros mismos los que llevamos a cabo el proceso. No viene por contagio la enfermedad de Bright, la diabetes o un ataque de postración nerviosa; los adquirimos como resultado de excesos propios, no del prójimo. Bastante malo es estar expuestos

a enfermedades contagiosas por el descuido de otros, mas, ¿por qué acrecentar los azares de la batalla, contribuyendo por nuestra parte a hacerla más peligrosa? Y si es verdad que un hombre puede ocasionarse desórdenes orgánicos que destruyen su naturaleza, ¿no es también evidente que puede evitarlos?

Aseveración muy satisfactoria para algunos es decir que un hombre puede jugar treinta y seis hoyos de *golf* al día a los cincuenta años y sentirse tan fresco como cuando lo hacía a los treinta. Pocos pueden realizarlo, y éstos forman la excepción de la regla. Y no es probable que uno tenga la suerte de ser excepcional. Además, el *golf* ha de determinarse no tanto por el número de hoyos cuanto por la manera de jugarlos.—Yo puedo caminar diez millas diarias sin sentirlo,—se jacta un individuo con arrogancia. Pero a menos de ser cartero rural, ¿a qué conduce caminar diez millas al día? No es necesario este exceso de ejercicio para conservar la salud. Dejémosnos gobernar por el sentido común. Fácil

es demostrar que a los cincuenta años es mucho mejor, y a la vez más agradable y prudente, un ejercicio de dos millas diarias, y que dieciocho hoyos de *golf* son tan saludables, o más, que treinta y seis. Los extremos nunca son buenos y son innecesarios.

Es sorprendente también la docilidad con que un hombre se somete a esta edad a los consejos de los charlatanes y de los inventores de nuevos métodos, que tienen tantas recetas para conservar la juventud cuantos son los días del calendario. Principian generalmente por «sólo cinco minutos de este ejercicio al despertarse». Si alguien aconseja que tal gimnasia ha de hacerse en la cama antes de levantarse, viene luego otro y prescribe «cinco minutos de ejercicio en el cuarto de baño». El tercero reconoce que si bien estos ejercicios son buenos, no son suficientes y aconseja una docena completa, unos con música y otros sin ella. Por supuesto que los ejercicios musicales dependen de que sea posible acomodar un aparato de fonógrafo en el cuarto de baño además de la bañera y otros accesorios. Si el cuarto

o sus dimensiones no se prestan para ejecutar la serie de movimientos prescritos, el autor aconseja practicarlos en el dormitorio, lo cual sólo ofrece el inconveniente de que alguna otra persona desee dormir en el momento en que la música inspira dar puntapiés en todas direcciones o agitar violentamente el aire con los brazos.

Por cierto que los anuncios no toman en consideración los obstáculos que se presentan en la práctica, y quizá es esta la causa de que muchos discos para «ejercicios con música» vayan a dar a los roperos, ejercitando la paciencia de las amas de casa, que han de encontrar algún sitio donde ponerlos «cuando nadie los usa».

Yo confieso que en un tiempo practicaba seis o siete de estas diversiones matinales, prescritas por doctores, dentistas, auristas y oculistas, empleando de una hora a hora y media en vestirme, pues cada ejercicio resultaba ser «más importante que ningún otro», según lo afirmaba su autor. Nunca ensayé las «doce lecciones diarias con música», porque, aunque parezca singular, yo prefiero mi música sin ejer-

cicio. Ensayé, sí, incorporarme contrayendo sólo los músculos abdominales, tocarme los dedos de los pies sin doblar las piernas, ponerme de cabeza y balancear a compás los pies en el aire, abuecar las manos sobre las orejas retirándolas instantáneamente veinte veces seguidas, tomar las veinticuatro largas aspiraciones delante de una ventana abierta y estirar treinta veces el abdomen. Aprendí además a tomar dos huevos crudos antes del desayuno, a beber ocho vasos de agua mientras me vestía y a pasar una hebra de seda suelta entre las junturas de mis dientes. El resultado de todas estas maniobras era que mi día de trabajo comenzaba a las once de la mañana cuando las hacía ligero, ¡y al principiar mis labores me sentía ya cansado!

Sin embargo, el error más frecuente en que se incurre al cumplir el medio siglo es la grata convicción de que se puede comer todo lo que se engullía a los treinta años y digerirlo tan bien como entonces.—Yo puedo comer clavos,—se dice, y se hace todo lo posible para probarlo. Las frases hechas

y las verdades llamadas de Pero Grullo son quizá lo que más contribuye a extraviar nuestro criterio, porque las aceptamos sin detenernos a pensar que después de todo no son más que la opinión de alguno que pudo tener razón o estar equivocado al formularlas. Hay, no obstante, una de éstas que tiene una sólida base de verdad y es la que dice que «cavamos nuestra sepultura con los dientes». A pesar de ello, son muy contados los que se someten de buena voluntad a regularizar su dieta. Particularmente se resiste a esta medida el que se ha acostumbrado a comer siempre cuanto era de su agrado. Esclavo de su paladar, sigue la senda que le atrae y que conduce a la acidez de estómago, flatulencia, mal aliento, palpitaciones y vértigos, y la sigue preguntándose con extrañeza qué es lo que le pasa al experimentar los síntomas delatores. Que todo proviene de su dieta es el último punto en que convendrá. Un médico con cuarenta años de experiencia me decía:—Hay dos cosas que ningún hombre gusta de que se le indiquen, y son que debe comer menos y fumar menos. En el mo-

mento en que doy estos dos consejos, por lo general, conozco que he perdido un paciente. Y sin embargo,—agregó,—eso es lo que debe aconsejarse a todo el que pasa de cincuenta. —Otro especialista del estómago afirmaba: Si cada individuo diera alimento a su estómago con el cuidado con que da gasoleno a su automóvil, los especialistas en ese ramo tendríamos que buscar otra profesión.

Todo hombre ya algo entrado en años parece incapaz de dar con el justo medio entre comer mucho y lo que él llama «una dieta para morir de inanición». Si se le insinúa que suprima algo, al instante pone el grito en el cielo, diciendo o bien «que esas son novelerías recién inventadas», que «el médico es un bruto» o que «su mujer lo quiere matar de hambre». No reconoce término medio. Asegura que él necesita todo lo que come, que no podría vivir con menos alimento. Un desayuno fuerte (¡de carne generalmente!) para comenzar el día. Al almuerzo ha de tomar algo consistente, «después de una labor matinal abrumadora», y por la noche, natural-

mente, «¡debe hacer una comida completa!» En seguida va a preparar el automóvil para el día siguiente o a arreglar el horno de la calefacción, inconsciente en lo absoluto de que si aquellos objetos inanimados hubieran sido alimentados todo el día en la medida que él, ni el horno repleto de carbón funcionaría, ni el automóvil podría correr. Si se le hace notar esta comparación, la echa a un lado con el argumento (para él incontrovertible) de que no puede asimilarse un automóvil o un horno a un sér humano. Pero si la comparación se hace en favor de sus ideas gastronómicas, al punto se adhiere a ella.

—¡Seguro!—exclama;—eso es lo que yo digo siempre. Un hombre necesita estar abastecido lo mismo que un horno: ¡lleno!—Y los gases que invaden sus habitaciones durante la noche, provenientes del horno sobrecargado de combustible, no le dicen nada de los gases que en el estómago le causan hipo, eructos, o le hacen sentir «como una puntada en el costado».

El hombre es glotón con pocas excepciones y no gusta de restricciones

en sus comidas. Se le puede argüir largo y tendido sobre la más rápida fermentación de los alimentos a los cincuenta años, la menos perfecta eliminación, el proceso digestivo que no se opera con la suave precisión que a los treinta, la menor necesidad en la cantidad de alimento. El escucha con paciencia o con enojo, según su naturaleza, y en seguida va y hace lo mismo que antes. Y si reforma un tanto sus hábitos, es sólo por poco tiempo. Luégo, al sentir la saludable reacción de una dieta moderada, vuelve a caer en su antigua costumbre de comer con exceso. Si fuera verdad que el hombre es a los cincuenta años orgánicamente el mismo que a los treinta o cuarenta, todo iría bien. Pero los órganos no son ya los mismos ni funcionan como lo hacían al estímulo de la circulación de una sangre más fresca, joven y activa. Un especialista en alimentación dice que un hombre de cincuenta años debe tomar un treinta por ciento menos de alimento que a los cuarenta. Y de allí en adelante, disminuir un diez por ciento cada cinco años, hasta llegar a reducir cincuenta o sesenta por ciento.

Por supuesto, no hay proporción que sea aplicable a todos y cada uno, pero los especialistas convienen en general en que esta moderación, lejos de ser dañina, es muy conservadora. A continuación viene, naturalmente, el determinar la calidad de los alimentos, en lo cual debe considerarse la cuestión del equilibrio en las comidas.

El resumen de todo lo dicho, sin embargo, es el convencimiento de la necesidad imprescindible de reducir la alimentación al llegar al medio siglo. La importancia de la reducción habrá de fijarla cada individuo. Es conveniente para la salud, en esta edad, beber mayor cantidad de agua que anteriormente, pero es necesario disminuir la cantidad del alimento acostumbrado: verdad de que debemos penetrarnos cuanto más pronto mejor. Es realmente asombroso descubrir, cuando se hace la experiencia, cuán poco alimento se necesita, no sólo para sentirse bien, sino para hacernos capaces de realizar un trabajo prodigioso. Yo he llegado gradualmente a comer tan poco que en mi casa creen a veces que pertenezco a la familia de las or-

quídeas. No obstante, con tales reducciones, mi salud ha mejorado invariablemente, mi mentalidad se ha hecho más activa, y en mi trabajo no se descubre desperfecto ni retraso alguno. «Comer lo que basta es tan bueno como el más regalado festín».

Dicen los fisiólogos que la vida de un sér humano está dividida en ciclos de siete años, que durante cada uno de éstos el organismo sufre cambios, y que el lapso comprendido entre el sétimo y el octavo ciclo, o sea entre los cuarenta y nueve y cincuenta y seis años, es un período a que debe prestarse atención particular. Lo cual es una manera de decir que el hombre en esta época de la vida deberá establecer una seria reducción en sus alimentos, ejercitar y emplear con moderación sus energías, y ejercer sobre sí mismo una vigilancia general, si desea alcanzar su sexagésimo aniversario gozando de cierto grado de vitalidad y con la sangre circulando libremente en sus arterias.

El punto principal que necesita observar es su apetito, que en este ciclo

desarrolla una avidez fuéra de toda proporción con las necesidades del cuerpo. Y es entonces cuando un individuo, sea condescendiendo con tan desordenado apetito o dominándolo, determina su futura salud y longevidad. Si, en obsequio de su glotonería, lo satisface, su organismo todo se debilita bajo la presión y empieza el malestar. Si, por el contrario, lo domina y regula según lo requiere su naturaleza, un saludable vigor reemplaza al estado de embotamiento. Lo más prudente a esta sazón es comer sólo lo que puede digerirse con facilidad. Este axioma significa sencillamente que nuestros órganos digestivos no soportan la misma cantidad de alimento entre el sétimo y octavo ciclo que la que podían soportar en el período del sexto al sétimo. De que el paladar apetezca golosinas no se sigue que el estómago esté en condición de digerirlas.

En compendio, son sólo tres los puntos principales a los que todo hombre debe prestar atención al llegar al medio siglo: comer menos y beber mucha más agua, hacer ejercicio razonable-

mente moderado y dormir ocho horas. Con esto, y un espíritu alegre que deseche cuidados, tiene grandes probabilidades de alcanzar una avanzada y dichosa ancianidad.

El sabio Marco Aurelio tenía razón al escribir: «Acuérdate de esto: *muy poco se necesita para ser feliz en la vida*».

(De *Inter-América*)

---

---

## El Baño

De Eliseo Reclus

Cuando se siente amor al arroyo, no produce bastante satisfacción el mirarlo, estudiarlo y pasear por sus riberas: se siente la necesidad de mayor intimidad con él, sumergiéndose en sus aguas. Como nuestros antepasados, nos convertimos en tritones.

.....

En el verano, durante los días calurosos en que el aire permanece inmóvil, es cuando más agradable resulta convertirse en tritón. No es preciso

tener doce o quince años para arrojarse al agua lleno de felicidad como en su elemento propio; cualquiera de nosotros, si los convencionalismos y falsedades de la vida no nos han corrompido enteramente, puede volver a las alegrías de la juventud dejando por un momento sus ropas en la orilla del agua. Por mi parte, declaro que me siento todavía niño cuando me arrojé en el arroyo querido. Después de haber satisfecho mi primer entusiasmo atravesando varias veces el charco profundo donde se agitan las aguas, y después de haber querido remontar la corriente, levantando a mi alrededor un caos de olas, que se precipitan unas contra otras, descanso abandonándome tranquilamente a la felicidad de la vida sobre el agua dulce que me acaricia. ¡Qué alegría sentarme sobre una piedra, bajo el chorro de la cascada, sentir caer el agua sobre mí como sobre una roca, y verme envuelto en un manto de espuma! ¡Qué placer también dejarme arrastrar por las aguas corrientes hasta un escollo, donde me agarro con una mano, mientras que el resto de mi

cuerpo, levantado por las olas, flota de un lado a otro a impulso de la corriente! Me dejo arrastrar y voy a parar como un madero sobre un banco de arena, donde cristalitos de mica brillan como pepitas de oro y plata. Por el peso de mi cuerpo, el banco se hunde, los granos de sílex y las delgadas piedras cambian de punto...

A veces el fondo sobre que me arrastra la corriente está cubierto de verdes y oscilantes hierbas, muelles sinuosidades que me acarician, me enlazan, improvisándome un lecho encantador. ¿Es el agua? ¿es la ondulante cabellera de las plantas la que me levanta así, haciéndome flotar en la superficie del arroyo? No lo sé; mi imaginación se pierde además en una especie de ensueño. Hasta me parece que me he convertido en parte integrante del medio que me rodea; me siento homogéneo a las hierbas flotantes, a la arena que se arrastra por el fondo, a la corriente que hace oscilar mi cuerpo; miro con extrañeza los árboles que se inclinan sobre el arroyo, los espacios del cielo azul que se ven por entre las ramas y el es-

cueto contorno de las montañas que distingo a lo lejos en el horizonte. ¿Es acaso real todo ese mundo exterior? Yo también, como el pescador de la leyenda, veo la maravillosa sirena hacerme señas con el dedo, me siento atraído por su mirada que fascina y oigo resonar el eco de su canto pérfido y melodioso. «¡Ah! ven, ven conmigo y seremos felices». A veces me siento envidioso del joven que cede al llamamiento de la sinuosa ondina, cuya flotante cabellera va a mezclarse con las del verde limo. Pero yo sé que, desembarazándose de las amargas preocupaciones de la vida, su existencia va a extinguirse por las caricias del agua pura y las ondulaciones de las estremecidas hierbas. La Naturaleza tiene para sus amantes, seducciones de las que es preciso desconfiar como de la voz de las sirenas o de la belleza de la hada Melusina. ¡Haciéndonos amar demasiado la soledad, nos arrastra lejos del campo de batalla, donde todo hombre de corazón tiene el deber de combatir por la libertad y la justicia! La Naturaleza es hermosa, sí; todos debemos comprender su encanto,

pero hemos de saber gozarla con prudente alegría, no abandonándonos jamás a sus fatales sugerencias.

Uno de los grandes placeres del baño, del cual no siempre nos damos cuenta, pero que no por eso deja de ser real, es que momentáneamente se vuelve a la vida de nuestros remotos antepasados. Sin ser esclavos como los salvajes por la ignorancia, somos, como ellos, físicamente libres, sumergiéndonos en el agua; nuestros miembros no sufren el odioso contacto de las ropas, y con nuestro vestido dejamos también sobre la orilla una parte por lo menos de nuestros prejuicios de profesión o de oficio; olvidamos por una hora las herramientas, libros e instrumentos, y vueltos al estado natural, podríamos creernos todavía en las edades de piedra o bronce, durante las cuales los pueblos bárbaros levantaban sus chozas sobre pilotajes en medio de las aguas. Como los hombres de remotas edades, estamos libres de convencionalismos; nuestra gravedad de encargo puede desaparecer para ser sustituida por franca y ruidosa alegría; nosotros, civilizados, envejeci-

dos por el estudio y la experiencia, nos encontramos hechos niños como en los primeros tiempos de la infancia del mundo.

Recuerdo todavía con qué extrañeza ví por vez primera una compañía de soldados tomar el baño de un río. Niño aún, no podía imaginarme a los militares de otro modo que con sus vestidos colorados, las hombreras rojas o azules, los botones de metal, los diversos adornos de cuero, de lana y tela; no los comprendía sino marchando a paso acompasado en columnas regulares, como si formaran un inmenso y extraño animal empujado hacia adelante por no sé qué ciega voluntad. Pero, fenómeno hermoso: aquel sér monstruoso, al llegar a la orilla del agua, se fragmentó en grupos e individuos distintos, vestidos rojos y azules se arrojaban en montones como vulgares ropas, y de todos esos uniformes de sargentos, cabos y simples soldados veía salir hombres que se arrojaban al agua lanzando gritos de alegría. No más obediencia pasiva, no más abdicación de su persona; los nadadores, con voluntad propia por algunos

instantes, se dispersaban libremente por el agua: nada les distinguía a unos de otros. Pero desgraciadamente, al poco rato se oyó un silbido, y la salida se operó repentinamente. Mientras nosotros continuábamos jugando en el arroyo, nuestros compañeros desaparecieron en sus trajes encarnados con los botones numerados, y bien pronto los vimos alejarse marchando en línea con paso monótono por la polvorienta carretera.

Desde entonces he tenido ocasión de ver, en otro clima distinto al de Francia, cómo disminuye la hostilidad repentinamente entre enemigos que acaban de despojarse de sus vestidos, con los cuales han adquirido la costumbre de verse y odiarse. Era cerca de una ciudad de las costas de Colombia, en la desembocadura de un profundo arroyo separado del mar por un estrecho banco de arena, contra el que se estrellan las olas. Todas las mañanas, cientos de individuos pertenecientes a dos razas casi siempre en guerra se encontraban en este punto del arroyo. De un lado estaban los descendientes de los españoles, más o

menos mezclados, que venían a hacer sus abluciones cotidianas; del otro los indios, que se aprovechaban de una tregua para dirigirse al mercado de la playa. De orilla a orilla se lanzaban miradas de odio y palabras de insulto, porque se acordaban de combates y degollaciones, de víctimas estranguladas, ahogadas, enterradas con vida; pero cuando los guerreros rojos, despojándose de su túnica, parecida a la de los antiguos helenos, aparecían con la resplandeciente belleza de sus formas, y al lanzarse al río para atravesarlo de unos cuantos empujes, se olvidaban del antiguo odio, hasta parecía que nos amábamos. A pesar de todo, ¿no éramos hermanos? También ellos me parecía que nos miraban sin ira; pero al salir del agua sacudían su larga y negra cabellera, alejándose altivamente sin volver la cabeza, y desaparecían muy pronto tras un saliente de la playa.

---

Con el nombre de *El Diurético* circula entre los estudiantes de farmacia de esta ciudad un periodiquito, «por darse que hacer». He visto la portada del n.º 3 y me ha gustado muchísimo. Representa dos canes al morderse o mordiéndose («La Facultad» y «El Empirismo») y debajo se leen los siguientes versos, muy buenos para ser de un aprendiz de boticario:

Por un deber de conciencia,  
y sin pizca de egoísmo,  
hace tiempo está peleando  
Facultad con Empirismo.

¡Todo por bien de la Ciencia  
y de la Comunidad!  
Así dicen y hay que creerlo...  
Sin embargo, recordad

que el origen de una lucha  
casi siempre viene a ser,  
a poco que lo busquemos,  
un HUESO o una MUJER.

\*  
\* \*

Las ideas sencillas, corrientes, pero bien definidas, son las que revelan más gracia en quien puede asimilárselas y organizarlas artísticamente.

E. J. R.

